

faltó Juan al martirio, sino el martirio le faltó á Juan. No padeció hasta morir; pero Dios, que tenia bien comprendido el temple de su corazon, conoció que era capaz de mucho mas, y toda la tierra lo conoció tambien. Los tres mancebos fueron arrojados en el horno para que fuesen reducidos á ceniza, y salieron del horno vivos; ¿diráse por eso que no fueron mártires? Si consideramos las llamas, no fueron consumidos; pero si consideramos sus corazones y sus voluntades, fueron coronados.»

Sucedió este milagro por los años de 91 del Señor; y queriendo los cristianos honrar la memoria del martirio y triunfo de S. Juan, edificaron desde los primeros siglos una bella iglesia con su misma advocacion en el propio sitio donde fué echado en el aceite hirviendo, la que es visitada con gran concurso de los fieles el dia 6 de mayo; en el cual, como se ha dicho, celebra la Iglesia la memoria de su martirio. Por mucho tiempo fué de precepto esta fiesta en varias iglesias de Francia, y tambien lo fué en Inglaterra desde el siglo XII hasta el cisma, despues del cual se contentaron los ingleses con hacer memoria de ella en el calendario de su nueva liturgia, tristes reliquias de su antiguo catolicismo, hoy enteramente estinguido, que debieran abrirles los ojos para advertir sus errores, y para desengañarse de su funesto y lastimoso descamino.

#### SAN JUAN DAMASCENO, CONFESOR.

SAN Juan Damasceno, ilustre por su doctrina, pero mucho mas por su virtud, uno de los mas ilustres defensores de la fe, ornamento y columna de la Iglesia griega, nació en Damasco, de cuya ciudad tomó el sobrenombre, ciudad capital de Siria, por los años 676, cuando estaba ya bajo la dominacion de los sarracenos. Sus nobles progenitores, firmes siempre en la fe de Jesucristo, se habian señalado constantemente mas por el zelo de la religion, que por su esclarecida sangre, y por los grandes empleos con que los príncipes sarracenos los habian honrado. Sergio Mansur, padre de nuestro Santo, se aventajó mucho á sus gloriosos antepasados en poder, en crédito y en virtud. Elevóle su mérito á los primeros cargos; y siendo hombre poderoso, empleaba sus riquezas en rescatar cautivos cristianos, y en sustentar á los solitarios que poblaban los desiertos de la Palestina. No tuvo otro hijo que á nuestro Santo, y así dedicó todo su cuidado á darle una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento.

Logróla sin dificultad; porque el escelente ingenio y la des-

pejada capacidad del niño Juan le ahoraban muchos preceptos. En medio de eso no hubiera hecho grandes progresos en las letras, viviendo en un país desproveido de maestros, y en que dominaba la ignorancia tanto como el mahometismo, si la divina Providencia no le hubiera deparado uno capacísimo de instruirle. Pasando un dia su padre por la plaza, se encontró con una tropa de cautivos, entre los cuales le llevó toda la atencion uno vestido de monge por su circunspeccion y por su singular modestia. Notó, y aun se admiró, no sin piadosa estrañeza, de verle bañado en lágrimas; porque como hombre tan virtuoso, le parecia que ningun cristiano, y mucho menos un monge, debia afligirse por accidente alguno de esta vida. Acercóse al cautivo, consolóle muy cristianamente, y le preguntó cual era su profesion. Yo soy, le respondió este, un sacerdote italiano; mi nombre es Cosme; y ni mis lágrimas, ni mi dolor, tienen por motivo la miseria de la cautividad en que me veo, ni el temor de la muerte que considero cercana. Aflíjome, porque habiendo pasado toda la vida en el penoso estudio de las ciencias, solo por tener algun dia el consuelo de sacar algun discípulo que fuese útil á la santa Iglesia, sin haberme propuesto otro fin, ni pensado en otra recompensa por premio de mis trabajos, los veo ahora malogrados, considerándome destinado á morir en un estéril cautiverio. Sorprendido Mansur de tan estraña aventura, se persuadió desde luego ser alta disposicion de la divina Providencia, que por medio tan irregular le regalaba en aquel cautivo con el maestro mas á propósito para la enseñanza de su hijo. Rescatóle, dióle libertad, y le hizo preceptor del niño Juan, y de otro niño, llamado Como, aquel famoso poeta lirico, á quien es deudora la Iglesia griega de la mejor parte de los himnos sagrados de que usa en los oficios divinos, y el cual habia adoptado por hijo el mismo Mansur. Bajo la disciplina de tan insigne maestro hicieron los dos discípulos tan asombrosos progresos en todas las ciencias, que reconociendo y confesando de buena fe el religioso italiano, que los habia enseñado todo cuanto sabia, pidió licencia para retirarse, y obtenida, se recogió en la Laura de S. Sabas, fundada en la misma Palestina, donde vivió santamente el resto de sus dias.

El califa Heschan, príncipe de los sarracenos, penetró luego los talentos de nuestro Santo, y apenas murió su padre, cuando le nombró por presidente de su consejo, y por su tesorero general. Resistióse Juan por su modestia á tan elevados empleos, pero solo sirvió su resistencia para confirmar y aumentar el concepto superior que tenia formado el príncipe de su consumada pruden-

cia. Suspiraba siempre Juan por la vida monástica; hizo repetidas instancias al califa para que le permitiese retirarse á ella; pero mas y mas pagado cada dia de la virtud y de la habilidad de su ministerio, léjos de consentir en el retiro á que anhelaba, le nombró gobernador de Damasco, y le declaró como superintendente general de toda la provincia.

Al paso que crecian en Juan las honras y las dignidades, se aumentaba en él la virtud y su religioso zelo. Jamás se vió mayor modestia, ni mayor religion en un grande de la tierra. Era su devocion sobresaliente la ternura y la veneracion á la Madre de Dios. En todos los cuartos de palacio habia alguna imagen de la santísima Virgen; este era el asunto mas comun de sus poesías. La afabilidad, la urbanidad, y el agrado con que oía á todos, le ganaban el corazon de cuantos le trataban, creciendo cada dia en el favor y en la estimacion del príncipe. Parecia que esta elevacion desconcertaba enteramente los intentos de la divina Providencia, haciendo inútiles para la Iglesia, así los grandes talentos de que S. Juan estaba dotado, como las ciencias con que se habia enriquecido; pero ninguna cosa es capaz de romper los eternos decretos de la Sabiduría divina. Era necesaria, al parecer, alguna feliz desgracia para arrojar á S. Juan al puerto, donde pudiese cumplir tranquilamente con los designios del cielo; y con efecto sucedió esta dichosa desgracia.

Acababa el emperador Leon Isáurico de escitar una sangrienta persecucion contra todos los que rendian culto á las imágenes de Jesucristo, de la santísima Virgen y de los Santos; pero encontró en el gobernador de Damasco un enemigo, ó un contrario todavía mas temible que el santo patriarca y los doctores de Constantinopla. Aunque vivia Juan fuera de la jurisdiccion y de los estados de aquel impío príncipe, se consideró obligado á salir á la defensa de sus hermanos en necesidad tan urgente. Como estaba tan versado, así en la antigüedad de la Iglesia, como en la sagrada teología, escribió fuertemente contra aquella impiedad. En los dos primeros discursos que publicó, muestra la gran diferencia que hay entre *honrar* y entre *adorar* las santas imágenes; hace visible demostracion de que los fieles, desde el tiempo mismo de los Apóstoles *honraron* siempre las imágenes, pero que jamás las *adoraron*. Prueba invenciblemente que no hay calumnia mas grosera, ni mas mal dirigida, que esta que se levanta á la Iglesia. «Prohibe Dios (dice el Santo) hacer imágenes para *adorarlas*, mas no para *honrar* á los Santos, que por ellas se representan. Antes bien espresamente ordenó que para este fin se fabricasen, así en el templo de Jerusalem, como en el

arca del testamento. Quita todas las imágenes, y declárate contra el que las mandó fabricar, ó si no, recibelas como viene á cada una.» En el segundo discurso descubre palpablemente la malignidad de este error, y la grosera torpeza de esta herejía. «Antiguamente (dice) hacia el demonio que los hombres adorasen hasta las imágenes de los brutos y de las fieras; ahora por el lado contrario induce este mismo engañador á los hombres ignorantes é impíos á que nieguen á las imágenes de los Santos el religioso culto que se debe.» El tercer discurso que divulgó, solo se reduce á declarar mas las razones de los otros dos. Envió Juan estos escritos á todos sus amigos, y á los prelados de la Grecia y de la Siria, encargándolos que los divulgasen. Como eran sólidos, concluyentes, llenos de instruccion y de una elocuencia viva y sustanciosa, hicieron todo el efecto que se esperaba de ellos: confirmaron á los fieles en la fe, y confundieron á los herejes.

Pero como el espíritu de la herejía, cuando no puede engañar á los hombres, tira derechamente á perderlos, y á falta de razones recurre siempre á las calumnias; no pudiendo sufrir el emperador griego que un hombre de tan alta reputacion en todo el Oriente combatiese con tanta fuerza y con tanta felicidad todos sus errores, recurrió para vengarse de él al mas infame y mas vergonzoso artificio. Tuvo modo de lograr una carta del Santo, firmada de su mano, y buscando un sugeto muy diestro en la pernicioso habilidad de contrahacer letras, le hizo remedar la de Juan con tanta propiedad, que era muy dificultoso distinguir la falsa de la verdadera. Asegurado ya de su acierto, le mandó copiar una carta, fingiendo que el Santo se la habia escrito, con el traidor intento de entregarle la ciudad de Damasco, luego que se arriamase á la plaza con su ejército.

Remitióse la carta desde Damasco por persona segura, y fué acompañada de otra que le escribió el emperador griego apoyando la traicion. Quedó el califa sorprendido al leer las dos cartas, y enfurecido hasta lo sumo hizo llamar á Juan, en cuya mano puso su carta. Esclamó el Santo contra tan infame calumnia, protestando su inocencia; pero dejándose llevar el califa del primer movimiento de su cólera, mandó en el mismo instante le cortasen la mano derecha, y que fuese espuesta en la plaza pública, lo que se ejecutó al momento.

Dejó el Santo que se entibiase algun tanto el primer calor de la indignacion del bárbaro, y persuadido hácia la noche que ya se habria templado, le envió á suplicar que le restituyese su mano para enterrarla. Con efecto, ya los amigos del goberna-

dor habian hecho reflexionar al califa el pérfido artificio del emperador griego, y vuelto en sí de aquel pronto rebato, condenaba la precipitacion con que habia procedido, sin dar lugar á que se descubriese la calumnia. Hallándole en esta disposicion la súplica de Juan, la oyó no sin alguna ternura, y consintió que se le entregase la mano. Lleno entonces el Santo de una viva confianza entró en su oratorio, y postrado ante una imágen de la Santísima Virgen hizo la siguiente oracion: «Madre de mi Dios, refugio y dulce consuelo de todos los fieles, bien sabéis vos que perdí esta mano solo por haber defendido el culto debido á vuestras imágenes, á las de vuestro Hijo y de sus Santos. Confundid, Señora, en este dia el error confundiendo la calumnia. Haced que esta mano vuelva á juntarse con su brazo para que únicamente se emplee en combatir contra los enemigos de vuestro Hijo y vuestros, sirviendo á un mismo tiempo de testimonio irrefragable á la verdad.» Luego que pronunció estas fervorosas palabras, aplicó la mano al brazo, la cual en aquel mismo momento se unió á él tan perfectamente, que ninguno pudiera creer que hubiese jamás estado dividida de él, si la divina Providencia, para hacer visible el prodigio, no hubiera dejado señalada en la circunferencia de la muñeca una como linea colorada que estaba demostrando la anterior separacion. Penetrado Juan de reconocimiento y de devocion pasó lo restante de la noche en alabanzas del Señor en compañía de toda su familia.

Un milagro de tanto bulto no podia menos de meter mucho ruido; y llegando á noticia del califa quiso convencerse de él por sus mismos ojos. Quedó igualmente asombrado que arrepentido: abrazó á Juan tiernamente, y pidiéndole perdon de su arrebatamiento, le dijo que le demandase todo cuanto se le ofreciese, prometiéndole con juramento que todo se lo concedería. El Santo, que desde su niñez solo suspiraba ansiosamente por retirarse á la soledad, se aprovechó de tan bella ocasion para obtener esta licencia. Afligió al príncipe la no esperada súplica, y aun hizo cuanto pudo para desviar á Juan de aquel intento; pero como el Santo le reconvinó con su palabra y con su juramento, se vió precisado á darle licencia para que se retirase. Luego que se vió exonerado de sus empleos, dió libertad á sus esclavos, repartió sus ricos bienes en los pobres, las iglesias y los parientes, despidióse del mundo, y con un solo vestido que se reservó pasó primero á Jerusalem, y desde allí á Laura de S. Sabas en Palestina.

Encargóse de la direccion de Juan un monge muy anciano,

que juntando una santa simplicidad con una grande esperiencia, y mas que mediana sabiduria, le dió las lecciones mas importantes para que aspirase á la perfeccion; y observándolas el Santo, no son ponderables los maravillosos progresos que hizo en la virtud. Pero mientras tanto que guardaba Juan á la letra todos los consejos de su maestro, se apareció en sueños la Santísima Virgen al buen viejo, y le mandó que ya no tuviese estancada por mas tiempo el agua viva dentro de su manantial, embarazando á este discípulo que aprovechase los grandes talentos con que lo habia enriquecido el cielo; que le ordenase escribir y clamar contra los errores del tiempo, defendiendo con sus escritos la fe de la santa Iglesia. Y cumpliendo el venerable anciano con lo que se le previno en la vision, ordenó á Juan que escribiese contra los enemigos de Jesucristo y de sus Santos, confundiendo con la pluma á los nuevos herejes.

Recibió Juan esta orden como venida del cielo. Compuso muchas y escelentes obras llenas de erudicion y de piedad. Entre otras, el gran tratado sobre la veneracion de las imágenes, muchos doctos discursos en defensa de la fe, gran número de tratados de devocion, tan tiernos y afectuosos, como llenos de una divina elocuencia, sobre todo cuando habla de las prerogativas y escelencias de la Santísima Virgen. Los admirables discursos que compuso sobre su gloriosa Asuncion parecen como inspirados por el Espíritu Santo, y que éste dirigía en cierta manera su pluma cuando escribia sus obras. No será mucho decir en gloria de S. Juan Damasceno que la Providencia divina tuvo cuidado de recoger los testimonios de la mas venerable antigüedad en las obras de nuestro Santo para que llegase con seguridad hasta nuestros tiempos la tradicion de la Iglesia griega. Viendo Dios (quiero esplicarme de esta manera) el lastimoso estado en que habian ya reducido á Egipto y á la Siria las conquistas de los sarracenos; sabiendo bien que toda la Asia, y la misma Grecia habian de gemir con el tiempo debajo del mismo yugo, y que muchos escritos de los Padres habian de sepultarse en las ruinas del imperio del Oriente, escogió á nuestro Santo, para que juntando lo mas preciso y lo mas sustancial que se encontraba en ellos en orden á los dogmas de la fe, lo trasmitiese á la posteridad. Tambien fué nuestro Santo el primero y acaso el único de los griegos que redujo á método la sagrada teologia; siendo el inventor, ó por lo menos el que dió ocasion á la escolástica de que usan los latinos, siendo de tanta utilidad en la Iglesia contra el artificio y sofisterias de los herejes (\*).

(\*) Aunque la filosofia de Platon era la que estaba entonces gene-

Vino á la Laura el patriarca de Jerusalem, y obligó á Juan que se ordenase de presbítero; pero sobrevivió muy poco á este nuevo estado, porque cayó gravemente enfermo, y consumido de penitencias y de trabajos, despues de haber enriquecido la Iglesia con gran número de escelentes obras, murió en el mes de mayo por los años de 770, reverenciado desde entonces como uno de los mas sabios y mas santos Padres de la Iglesia.

*La misa es en honor de S. Juan evangelista y la oracion de ella la siguiente:*

O Dios, que estás viendo dos de ellas por la gloriosa nuestra turbacion por las calamidades que de todas partes evangelista S. Juan. Por nosotros rodean; suplicámoste nos concedas que seamos defendi-

*La Epistola es del cap. 5 de la Sabiduria, y la misma del dia 1, pág. 23.*

#### REFLEXIONES.

Al ver la seguridad con que se vive en el mundo, la alegría que brilla en todas sus diversiones, y estas diversiones como sembradas y esparcidas por todas las edades de la vida: al ver aquella ostentacion, aquel fausto, aquella profanidad que casi confunde todas las clases y condiciones: al oír las conversaciones y los discursos mas ordinarios de las gentes poco devotas, y de esas mujeres del siglo; ¿diríase por ventura que todas estas personas creen como infalibles las verdades mas espantosas del cristianismo? ¿Se las haria mucho agravio en preguntarlas si eran cristianas? Aquella licencia que se toman, ó por mejor decir, aquella descarada impiedad con que se divierten en hacer burla de la devocion y de los devotos; en hacer ridículos los ejercicios, los actos de religion mas respetables; en constituirse censores de las leyes mas santas; en hacerse maestros de las máximas mas corrompidas del vicio y de la libertad; en tratar de simples y de mentecatos á los que viven cristianamente; aquella licenciosa osadía, aquella escandalosa desvergüenza, aquel tono altanero, aquel aire pagano acobarda á los

ralmente recibida, Damasceno adoptó la de Aristóteles, la cual introdujo despues entre los latinos S. Anselmo.

buenos; cede, digámoslo así, la virtud, se corta, se esconde, se humilla á vista de aquella fiera y atrevida avilantez; pero no dura largo tiempo la tiranía. La muerte hace siempre justicia á la virtud; nunca prescribe la iniquidad contra el verdadero mérito. Los disolutos y los devotos, las mujeres profanas y las piadosas, tarde ó temprano, todas y todos se rinden á este tribunal; todos y todas comparecen ante el soberano Juez: *Tunc stabunt justi in magna constantia*. Mudóse entonces enteramente el teatro; representanse nuevas escenas; no se admiten allí títulos ni dictados pomposos; equipajes, tren y muebles preciosos, no pasan; todo el mundo comparece delante de los ojos de Dios sin máscara y sin disfraz. ¡Qué alegría entonces! ¡qué confianza la del justo! Erguiráse entonces, dice el Sabio, con grande valor contra los que tanto le maltrataron. ¡Pero qué turbacion! ¡qué horrible estupor para los malos! ¡cuál será su asombro cuando vean que el justo se salvó contra toda su esperanza! *Et mirabuntur in subitatione insperata salutis*. Entonces se disipan las ilusiones, caése la mascarilla, y se ven las pasiones apagadas. ¡Mas qué remordimientos tan estériles! ¡qué arrepentimientos tan infecundos! Entonces aquellos hombres sin religion, aquellos ídolos del mundo, aquellos impíos ya desenmascarados se dirán los unos á los otros arrancando profundos suspiros de aquellos sus oprimidos corazones: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum*: estos son aquellos que en algun tiempo eran el objeto de nuestras zumbas, de nuestros desprecios, de nuestros escarnios. Estos son aquellos que nosotros mirábamos con una especie de maligna compasion: *Nos insensati*: los necios, los simples, los insensatos éramos nosotros, que teníamos su vida por locura, y reputábamos su muerte por ignominiosa. *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*; y ahora veislos allí elevados á la dignidad de hijos de Dios, y veisnos aquí á nosotros infelices, condenados, réprobos y objeto funesto de su terrible indignacion. A ellos les ha tocado por herencia ser contados en el número de los santos: á nosotros se nos ha destinado por habitacion, y por legítima el infierno. Mortales divertidos, hombres sin religion, disolutos, libertinos, mujeres idólatras de la profanidad; así habeis de discurrir algun dia, así habeis de hablar, así habeis de sentir con un arrepentimiento tanto mas cruel, y tanto mas amargo cuanto mas inútil. En el mundo se representa una comedia, se rie, se alegra, se campa, se triunfa; pero un poco de paciencia, la muerte, el juicio, la eternidad harán justicia á todos, y pondrán las cosas en su lugar.

*El Evangelio es del cap. 20 de S. Mateo.*

En aquel tiempo: Se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesus,

dijo: No sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Dijoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

#### MEDITACION.

*Que el despeño en los mayores desórdenes, y en los precipicios mas funestos, nace frecuentemente del desprecio de las cosas pequeñas.*

PUNTO PRIMERO.— Considera que ninguna cosa dispone tanto para la caída en los pecados mas graves, como el descuido en evitar los mas leves. Aquella negligencia habitual en cumplir con las obligaciones mas menudas; aquella frecuente infidelidad en ciertas cosillas que se representan de poca importancia, van debilitando al alma. Los auxilios se comunican en menos abundancia; las pasiones se hacen mas vivas; la confianza mas tibia, y el tentador mas osado y animoso.

No hay edificio, dice el Sabio, tan fuerte, ni tan bien edificado, que al cabo no le arruine una gotera de que no se hace caso; y la pereza, añade el mismo, será ocasion ó causa de que se venga al suelo la techumbre. Va el agua poco á poco pudriendo las maderas, cala las paredes, penetra hasta el cimiento, y minándole, de tal manera le socava, que toda la casa da en tierra. ¿Y esto por qué? Por no haber hecho á los principios algunos cortos reparos, por no haber registrado los tejados, se vino á arruinar todo el edificio. Lo mismo sucede en el edificio espiritual, dice Casiano; cierto espíritu de relajacion; no sé qué tibieza, á cuyo favor se hace poco caso de defectillos ligeros, se van insinuando poco á poco dentro del alma, van haciendo titubear la firmeza de los mas santos propósitos, y debilitan en fin de tal manera el cimiento de nuestra devocion, que al cabo se viene al suelo todo el edificio espiritual. Al principio hubiera sido fá-

cil remediarlo; la causa del mal tenia muy poca fuerza; ese torrente, que todo lo llevó delante de sí, en su origen era un arroyuelo despreciable. No pocas veces una rendija mal calafeteada, por donde se introdujo el agua en el navío, es causa del mas funesto naufragio. Desengañémonos, que hay pocas de esas grandes caídas que se ven en orden á las costumbres, que no hubiesen tenido un principio ligero, y al parecer despreciable. ¡O buen Dios, cuántos condenados hubieran evitado el verse precipitados en los infiernos, si hubiesen entendido y practicado esta doctrina!

Sucedé en las enfermedades del alma lo que en las del cuerpo. Muy fácilmente se pudo evitar aquel desorden total de los humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro pestilente; todas esas mortales dolencias en su principio eran casi nada; con haberse abstenido de aquella fruta, con no haber hecho aquel esceso, con un poco de régimen y de dieta, una ligera medicina nos hubiera librado de tan gran mal. Pero despues que los humores malignos inundaron é inficionaron toda la masa; despues que la fluxion tomó su curso; despues que se estancó esa grande porcion de pituita y de atrabilis, inútilmente se acude á los remedios. Ya llega tarde el auxilio, cuando prevaleció la enfermedad. Las muertes repentinas no reconocen otras causas. Discurramos del mismo modo en las dolencias del alma, porque la analogía no puede ser mas cabal. ¡Mi Dios, y á qué paradero suelen conducir las faltas pequeñas tratadas con desprecio! ¡y cómo hubiera prevenido estas funestas caídas un poco de mas delicadeza de conciencia en el cumplimiento de cien menudas obligaciones, un poco de mas circunspeccion, un poco de mas regularidad, un poco de mas mortificacion! Esto hizo decir á los Santos, que en cierta manera son mas peligrosas las faltas pequeñas, que las mayores; porque estas, cuanto mas fácilmente se conocen, mas cuidadosamente se procuran evitar, y en llegando á caer, prontamente se solicita levantarse de ellas; pero las otras cuanto mas se conocen, menos se evitan. Un violento acceso de calentura sobresalta tanto, que al punto se acude al remedio; pero una fiebre lenta y casi imperceptible da poco cuidado; se domestica con ella el enfermo, hasta que poco á poco da con él en la sepultura. ¡Ah, Dios mio! ¿y á qué he atribuido yo hasta aquí mis mayores caídas?

PUNTO SEGUNDO.— Considera los muchos y tristes ejemplos que nos hacen demostracion de esta verdad.

Tertuliano, aquel ilustre defensor de la fe, aquel célebre apo-

logista de la doctrina que enseña nuestra religion, al cabo se pervirtió; no fué mejor fin el que tuvo Orígenes; ¿y quién no se estremece con solo acordarse de la caída de Salomon, y del desastrado fin del infeliz Apóstol? No hay que buscar la causa de estas funestas revoluciones en la violencia de la persecucion, ni en los artificios del tentador, ni en el torrente de los malos ejemplos. *Abscissus est lapis, et percussit statuam.* (Dan. 2.) Una china echó por tierra, hizo pedazos esos colosos.

Introdujose en el corazon de Tertuliano cierta secreta aversion á los clérigos de la Iglesia romana, por parecerle que le habian hecho algunos desaires; no acudió con tiempo al remedio, fuéla fomentando mas y mas; y esa fué la china que le derribó.

Orígenes, lleno de estimacion propia, y mas satisfecho de si mismo de lo que debiera, se entregó ciegamente á su propio dictamen; y un poco de vanidad consentida, no despreciada á los principios, y alimentada despues, perdió en fin á este grande hombre: *Abscissus est lapis.*

Salomon, el mas religioso entre todos los príncipes, el mas sabio entre todos los hombres, despues de haber edificado al verdadero Dios un templo magnífico, cayó él mismo miserablemente en la idolatría. Judas, aquel discipulo tan favorecido, y que habia sido llamado al apostolado con vocacion tan especial, hace traicion á su Maestro. Caidas tan terribles nunca tienen la causa muy inmediata; siempre viene muy de atrás su funesto principio: Salomon confió demasiado de su corazon, y Judas de su codicia. Las pasiones en su nacimiento y en su origen nada descubren que ofenda mucho á la vista, ni pueda dar grande cuidado; van á los principios caminando muy poco á poco, y por decirlo así, paso á paso; apenas hacen ruido; y si hacen alguno, es un murmullo sordo, que no inquieta los oidos. *Ut quid perditio hæc?* (Matth. 26.) Tal vez no falta un pretexto de caridad con que cohonestar el motivo. Pero cuando el amor propio llegó á domesticarse, y cuando una pasion reciente logró ser acariciada, jamás se envejecen sino á costa de grandes estragos. Era un leoncillo domesticado, familiar y manso, de quien ninguno se desconfiaba; pero cuando ese cachorro llegue á ser leon, él sabrá encontrar su presa, él despedazará á los mismos que le daban de comer y jugueteaban con él: *Factus est leo, et didicit prædam capere.* (Ezech. 19.)

Desengañémonos; el que fuere infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes. Así lo asegura el mismo Jesucristo. Un religioso tibio y un cristiano imperfecto dicen lo contrario. ¿A quién hemos de creer?

No se quiere conceder á Dios la observancia de una regla pequeña; niégansele, digámoslo así, hasta unas frioleras; y cuando el enemigo viene á luchar á brazo partido con nosotros, veremos que Dios vaya á escoger allá en el inmenso caudal de sus tesoros los auxilios mas esquisitos, las gracias mas eficaces y mas robustas para sostenernos. En dejando arruinar las fortificaciones exteriores de una plaza, en dejando que las murallas se vengán á tierra, ya no está en estado de defensa. ¿Dejaste ya aquella circunspeccion, aquella delicadeza de conciencia, aquella exacta y regular observancia? pues tú serás cogido por sorpresa. Esas pequeñas devociones, que parecen de poca entidad; esas obras de supererogacion; esas menudencias de la vida religiosa, son como las obras avanzadas que detienen al enemigo lejos de la plaza; pero cuando no están bien guardadas y defendidas estas entradas, es milagro que el enemigo no la insulte.

Pasa Saul á cuchillo á los amalecitas, y perdona algunos rebaños de sus ganados, y aun esos los destina para el sacrificio. Pues Saul es reprobado, porque obedeció á medias, y porque en su obediencia hizo poco aprecio de ciertos puntillos al parecer de poca importancia.

¡Ah, Señor, y cuanto tengo que reprenderme en esta materia! ¡Mas, oh, y cuanto debo temer! Infiel á vuestra doctrina, y aun á vuestros preceptos, no hice caso de mi negligencia en el cumplimiento de ciertas menudas obligaciones; y puede ser que esta infidelidad sea el origen de mi perdicion. No lo permitais vos, Dios mio; porque conozco mi error, condeno mi negligencia; y espero que mi aplicacion en adelante á cumplir con la mayor exactitud toda mi obligacion en las cosas mas pequeñas, mediante vuestra divina gracia, me pondrá á cubierto de todo riesgo.

JACULATORIAS. — Vos, Señor, sois testigo de todas mis operaciones, y por tanto quiero agradaros en todas ellas. (Psalm. 118.)

En todo tiempo, Señor, deseó mi alma observar tu santa ley con la mayor exactitud. (Psalm. 118.)

#### PROPOSITOS.

1 No hay espectáculo mas digno de asombro, que ver algunas veces ciertas personas verdaderamente respetables por la santidad de su estado, instruidas en la escuela de Jesucristo, alimentadas largo tiempo con el pan de los ángeles; despues de haber envejecido en el ejercicio de las virtudes, precipitarse en

las mas funestas caidas, y hacerse objeto triste de la ira del Señor, habiéndolo sido antes de sus mayores misericordias, de sus mas piadosas bondades. No hay que buscar la causa principal de estos lastimosos naufragios, ni en la violencia de las tempestades, ni en la multitud de los escollos; desengañémonos, que no siempre son los vientos impetuosos los que echan por tierra los mas empinados cedros del monte Libano; la sequedad, y un gusanillo vil y disimulado bastan para derribarlos. La mas soberbia estatua cae al suelo á impulso de una pequeña piedra. Hablemos sin figuras: esas almas de primera clase; esas personas tan favorecidas de Dios; esos modelos de perfeccion, insensiblemente fueron decayendo. Comenzaron á cansarse en medio de la carrera esos héroes del cristianismo; al principio no fué mas que un poco de tibieza, ó á lo sumo una especie de descanso, al parecer inocente; siguióse despues el disgusto; miraron un poco hácia atrás despues de haber puesto mano al arado; al disgusto sucedió la relajacion, y á esta una indevoción total. ¿No podrás acaso ser tú mismo ejemplo y prueba cierta de esta triste verdad? ¡Y qué digno de compasion serás, si se ha repetido en tí esta funesta esperiencia! A esas faltillas ligeras, á esos cortos ensanches en el primitivo fervor, á esas dispensacioncillas se deben atribuir esas grandes caidas; remédialas sin dilacion, y concibe desde este mismo punto un grande aborrecimiento á los pecados veniales.

2. ¿No estás sujeto á la miseria de hablar con un poco de mas facilidad y libertad de lo que fuera justo de las faltas ajenas? ¿no conservas en tu corazon cierto resentimientillo, cierta aversion contra aquella persona, ó por sus modales ofensivos, ó porque te jugó alguna pieza, ó porque la miras con natural antipatia? ¿no visitas con demasiada frecuencia á ciertas personas? ¿no tienes ciertas conversaciones demasiadamente largas, y aun demasiadamente tiernas con personas de otro sexo? ¿aunque sean con los mas plausibles, con los mas especiosos pretextos? ¿no cometes ciertas faltillas ligeras contra tus votos, á lo menos según las leyes particulares que te has impuesto á tí mismo? ¿no concedes á tus sentidos ciertas libertades no muy inocentes? ¿no te tomas ciertas licencias que tu devoción te habia en otro tiempo prohibido, y que ni aun hoy son muy conformes á la conciencia, ni al espíritu de la religion? Pon en la misma cuenta ciertos pecados de omision, que se tratan como cosa ligera, etc.; y ves ahí el funesto origen de los mas graves pecados, y como las arras, digámoslo así, de la condenacion eterna. No dejes pasar el dia sin hacer lo que puedas para cegar este infeliz ma-